

en gracia de las formas, lo que es comprobada historia). Creo que las niñas no deben leer novelas, sólo por una razón: porque les educa, ejercita y desarrolla la imaginación, con perjuicio casi siempre notable del entendimiento. Fuera de esta razón no tengo ninguna otra, y en ella hago entrar también el estudio de la historia, que, como la novela, tiene narrativa, situaciones y personajes. Mas como es imposible ocultarles la historia, que empieza por los cuentos referidos por la misma madre a las hijas, se les puede enseñar novelas como se les enseña historia, es decir, omitiéndoles las disoluciones de Sardanápalo y dejándoles saber que San Luis, rey de Francia, se casó. De la misma manera en las novelas se les puede dejar leer las muy buenas, y las hay excelentes: las que han sido escritas por autores que piensan en los niños al escribir para los hombres. De esta clase hay muchos libros, y entre ellos el que motiva estas líneas es el primero o de los primeros. Allí hay amores: las niñas pueden saberlo porque éstos son puros, a fin de que cuando llame a su corazón la primavera las encuentre con lo que pudiéramos llamar una inocencia ilustrada y vigilante por contraposición a la inocencia dormida y descuidada. Que la mujer conozca de todas las formas en que ha de encontrar el amor, la forma buena, y sepa que debe rechazar todas las demás sin examinarlas, a fin de que después no se equivoque y acepte una mala por no saber cuál es la buena. Tal es mi idea en tan dedicado punto; y como mi idea es así, no vacilo en decir a una honrada y cuidadosa madre, que a la vez es inocente como sus hijos: "Podéis leer

este libro, y al interrumpir la lectura no es menester esconderlo porque no caiga en manos de vuestros hijos. Por el contrario, si quieren leerlo, pueden leerlo; si quieren saber cómo es la vida, que lo sepan por boca de su madre."

He querido dirigir a usted esta carta por medio de un periódico para recomendar, no sólo a usted sino a todas las casas que amo y bendigo, este digno huésped de sus bibliotecas. Aquí y en otros puntos de la República tengo amigos (dios me los conserve), y muchos de ellos tienen una familia asediada constantemente por la más peligrosa e inmundada peste del siglo: los malos libros. Los malos libros no se destierran, sino con buenos: ellos ocupan gozosos los estantes que la imprevisión o la ignorancia dejó vacíos, y se puede decir que se avergüenzan, como deben hacerlo sus autores, cuando se ven al lado de los buenos, escogidos pacientemente por el padre de familia. A todos, pues, dirijo esta mal pergeñada carta de recomendación, librada en favor de uno de los pocos libros buenos que ha brotado este siglo.

Así opinaba Don José María Vergara y Vergara y así opino yo, sacerdote, porque he visto ya a madres de familia incomparables, esposas amantísimas de sus esposos y por lo tanto cristianas de recias convicciones, observar esa misma línea de conducta para con sus hijas, las que resultaron copias exactísimas del modelo, su madre, dechados de virtud conyugal.

¡Niñas!, la escuela en la que la mujer aprende a ser esposa y madre, es el hogar, y el maestro es la misma madre a quien corresponde escoger los textos cuyos autores rarísima vez, para no decir que nunca, serán juvenes petimetres, no obstante el que estén relamidos en el corte de su pelo, traje y pluma.

M. D. M.

EL ARMISTICIO DE BISMARCK

Con motivo del actual armisticio, algunos periódicos franceses han recordado el episodio final de la guerra de 1870, entre Prusia y Francia.

Se rindió el ejército del Emperador Napoleón después de las jornadas de Sedán. Napoleón comunicó a Guillermo que, en señal de derrota, entregaba su espada imperial. Los Oficiales parlamentarios se llamaban Moltke y Castelnau. Como este último, uno de los Generales más franceses de toda Francia, advirtiese que las cláusulas del armisticio eran excesivamente duras y humillantes para su pueblo, reclamó que se tuviese en cuenta la dignidad del país vencido, dirigiéndose a Bismarck para lograr que dichas cláusulas fuesen modificadas.

¿Es la espada del Emperador Napoleón o es la espada de Francia la que se entrega a Prusia?

—Es solamente la espada del Emperador, replicó Castelnau. La espada de Francia no se entrega.

Entonces, terminó Bismarck, no puedo modificar las condiciones.

Ecos Marianos

¡Oh María, Vos no sois capaz de otra cosa más que hacer prodigios de gracias en las almas que desean perderse en Vos!

FOLLETIN DE «ECO DE ORIENTE»

RUTH.

Por José David Guarín

A las seis y media del día siguiente al de la escena que hemos descrito, un muchacho preñado de los lazos de las campanas de la torre las repicaba con tal entusiasmo, que las gentes devotas de la población empezaron a llegar en partidas a la iglesia. Los hombres, como de costumbre, hicieron corrillos en el *altozano* para esperar el momento de que el sacerdote estuviera en el altar, y los monacillos con vestido talar colorado y camiseta blanca, daban vueltas por aquí, por allí, como en carreras de mucha importancia. Cuando después del tercer

repique dejaron a la misa, los hombres se apresuraron a entrar y tomaron puesto, unos detras del cancel y otros en la nave del lado izquierdo.

En aquel día llamaba la atención el altar mayor por los adornos que tenía. Desde las claraboyas y ventanas cubiertas con telas rosadas que modificaban la luz, hasta el suelo alfombrado de flores, se notaba un gusto y cuidado que agradaban. Desprendíanse de una especie de cúpula cortinajes de colores que formaban un trono bajo el cual se levantaba un templete con graderías de mayor a menor cubiertas de jarrones de flores, candelabros y otros diversos adornos. En el centro de la última grada que terminaba en un cuadro pequeño, estaba colocada la estatua de la Virgen ataviada con el más rico vestido. Varias estatuas de ángeles tenían en las manos canastillas con flores y racimos de uvas ó espigas

de trigo. Dos pebetes colocados de uno y otro lado del altar, dejaban escapar torrentes de humo que esparcían el suave olor de pastillita incienso, y una infinidad de luces daban a todo el templo aquel aspecto místico que sólo allí se ve. Estaba el barandaje del coro adornado con ramas de laurel que en forma de cortinas iban haciendo juego por las paredes hasta llegar al arco toral; las lámparas habían sido adornadas con cintas, espejitos, sartaes de cuentas de vidrio y frascos pequeños con agua de varios colores que reflejaban la luz en diversas formas, y por último, los altares estaban adornados con cuidadoso esmero. Vefase, pues, la iglesia ataviada como para una gran fiesta.

Cuando el sacerdote se acercó al altar, las voces de un *armonium* empezaron a llenar las bóvedas y ámbitos del templo con tal gravedad y dulzura, que en poco tiempo todos